

EL REGRESO DE

Dr. Valentín

"Si los patronos fueran un poco más generosos y los obreros más pacientes y confiados, la repartición de utilidades en las empresas cubanas abriría una nueva era de paz social, aumentaría la producción y, como consecuencia, el bienestar nacional. Creémos que ha llegado la hora de decir con León XIII que las riquezas tienen una "función social" que cumplir y que es mucho mejor satisfacer este mandato de la moral por iniciativa propia que por imposición de un Estado comunista. Los ricos de Hungría amaron tanto sus riquezas que vino el comunismo y se las arrebató de cuajo. Y los de Bulgaria, Checoslovaquia, etc., lo mismo. Ahora, sin lugar a dudas, hubiesen preferido repartir las utilidades de sus negocios con sus obreros, pero ya es tarde. Con su capital también han perdido su libertad y muchas veces su vida. Ya no pueden repartir utilidades.

Dios quiera que los hombres de negocios cubanos sean más inteligentes y más generosos y prefieran dar por las buenas lo que de otra forma podrían algún día perder por las malas."

(Tomado de "Ensayo sobre un nuevo concepto de la empresa y la distribución de sus beneficios". Tesis de Grado del autor de este trabajo. Facultad de Derecho, Universidad de la Habana, 1950.)

muy comprensible sentimiento patriótico. Y aquellas que hacían quienes no conocían el problema casi siempre estaban influidas también o por intereses económicos o por una completa ignorancia de lo que era esta revolución. Fue así como el exilio cubano perdió el diálogo con las naciones hermanas de América, un diálogo que habría sido fundamental el mantenerlo, tanto por Cuba, pero sobre todo por América.

Hoy la situación de mi patria natal me sigue doliendo con la misma intensidad, pero los años transcurridos y, sobre todo, el haber conseguido llenar el sentimiento patriótico que todo hombre tiene con la patria de Bolívar; siento que me da un equilibrio emocional suficiente como para, al menos, aspirar a la objetividad. Ninguna nación como Venezuela para llenar el vacío patriótico de un latinoamericano. Bolívar fue un Hacedor de Pueblos. En su corazón y en sus sueños la América Latina era una sola Patria. Por eso, al injertar a Venezuela en nuestros sentimientos patrióticos hemos sentido que este sentimiento se crecía y que los horizontes de nuestro patriotismo se ampliaban y ganaban en profundidad.

Presentación

Hace ocho años que dejamos nuestra patria natal. La formación humanística que deseábamos para nuestros hijos era obviamente imposible bajo el régimen establecido. Lo que podía hacerse, desde dentro, no justificaba el comprometer la formación de ellos. Desde entonces no hemos escrito una sola palabra sobre la Revolución Cubana. Quienes conocen nuestra proyección pública en los años que precedieron a la frustrada invasión de Bahía de Cochinos no se explican nuestro silencio. Y este prolongado silencio tiene su explicación.

En primer lugar, cuando Castro asumió el poder nunca pensamos que se iniciaba un régimen transitorio que una invasión de marinos iba a derrocar. No porque militarmente no pudieran hacerlo, sino porque políticamente no se daría ese orden. Tuvimos plena conciencia de que no se había derrocado a un dictador latinoamericano más. El movimiento insurreccional tenía un carácter más profundo y más total. Y por eso no fuimos con nuestra familia a Miami a esperar el pronto regreso, sino que nos vinimos a Venezuela para adoptar una patria para nosotros y para nuestros hijos. Y la hemos encontrado...

En segundo lugar, y supuesta la premisa anterior, necesitábamos también de la perspectiva que sólo el tiempo da para intentar enjuiciar un fenómeno político de esa profundidad. Los cubanos teníamos una carga emocional demasiado fuerte para poder hacer una valoración objetiva de la situación y esto le restaba fuerza a cualquier planteamiento. Quienes no habían nacido en Cuba carecían, las más de las veces, de suficientes elementos de juicio sobre el fenómeno y, siempre, de la experiencia que sólo da el "haber vivido" un régimen de esta naturaleza. Por eso las declaraciones de los compatriotas exilados se ponían generalmente en tela de juicio, pues se pensaba que podían responder o a intereses materiales o a un

El Dr. VALENTIN ARENAS AMIGÓ, abogado, Universidad de la Habana en 1950. Promotor del Movimiento Demócrata Cristiano de Cuba. En Venezuela es Director del Instituto Venezolano de la Vivienda y profesor de la Facultad de Derecho de la U.C.A.B.

MIRANDO HACIA ATRAS

Cuando se mira retrospectivamente sobre las causas del fenómeno que tuvo lugar en Cuba en 1959, las posiciones son diversas. Para unos, la causa fue política, concretamente la dictadura de Batista; para otros, la causa fue únicamente social, o sea, la mala distribución de la riqueza; y no falta un tercer grupo que apunta causas de orden moral, basadas en la proyección negativa que pudiera haber dado la actuación de algunos de nuestros compatriotas fuera de su país.

Decir que el problema fundamental fue la mala administración y los crímenes del último dictador es reducir demasiado la cuestión. Equivale a ignorar nuestra fatal dependencia de un solo producto y de un solo comprador, la desigual distribución de riquezas y de oportunidades que no sufríamos los que participábamos, en mayor o menor grado, del progreso del país, pero sí quienes estaban marginados de este progreso, que eran muchos más. Querer negar esto no es objetivo, ni es honesto.

Afirmar que el problema fue únicamente social y que la situación de injusticia fue la causa única de la revolución, tampoco es cierto ni puede afirmarse sin faltar a la verdad. Si los indicadores socioeconómicos fueran los determinantes de fenómenos como éste, no le habría correspondido a Cuba la desgracia, o tal vez la suerte, eso aún no se sabe, de haber sido el primer país de América en pasar por un cambio de esta intensidad. Basta con examinar las estadísticas de la OEA y de la ONU para llegar a esta conclusión. El 62% de los centrales azucareros, primera industria nacional, estaban en má-

CUBA A LA OEA

Arenas Amigó

nos de los nacionales. No creemos que fueran muchas las naciones latinoamericanas que tuvieran entonces, ni ahora, ese grado de nacionalización. Cuba era un país subdesarrollado, cierto, pero nuestros indicadores sociales, económicos y, sobre todo, el haber mantenido las instituciones políticas durante tres períodos electorales consecutivos, sin duda que revelaba una conciencia cívica y una mayor madurez política, poco usual entonces en nuestros países hermanos.

Afirmar que por unos inmigrantes indignos de su cubanía, o por una que otra artista ligera de ropas —que no todas, ni mucho menos, pues Alicia Alonso representó siempre dignamente el arte universal— nuestro país estaba moralmente corrompido, sería tan absurdo como decir que el éxito de estas artistas representaba un índice del bajo nivel moral que existía en toda la América Latina, porque algunos sectores las recibían y las aplaudían. Ni una cosa ni la otra es cierta. No puede juzgarse a todo un país, sin caer en el simplismo, por unos emigrantes que hayan tenido mala conducta, como tampoco podíamos hacerlo los cubanos con algunos otros emigrantes similares que llegaban a nuestras costas en busca de un nivel más alto de vida.

Ese pueblo, risueño y divertido, conservaba una integración del núcleo familiar poco usual en América y es el mismo que produjo después muchos mártires cuando se presentaron momentos muy difíciles. Y los sacerdotes cubanos, país con un alto porcentaje de vocaciones sacerdotales, que sólo se generan en ambientes familiares adecuados, se riegan hoy por casi toda América llevando el mensaje del Evangelio a aquellos países hermanos donde el sacerdote nativo apenas existe.

La realidad es otra. Cuba, como todos nuestros países, ya

está postrada en un subdesarrollo con causas muy profundas: Unas, responsabilidad de los cubanos y sus sectores elitarios; otras de origen externo, contra las que hoy sigue luchando, con mayor o menor éxito, América Latina. Si hacemos un esfuerzo por situarnos en 1959 y tomamos el pulso a cada país de América, no creemos que nadie, en ese momento, se habría atrevido a sostener que esta isla del Caribe sería víctima de un proceso de cambio tan dramático. Si se quiere ser honesto hay que convenir en que ni económica, ni social, ni política, ni moralmente, las condiciones del país eran las peores del Continente. Tan es así que el grupo insurreccional pudo hacer creer, no sólo a los cubanos, sino a toda América, que sólo perseguía el derrocamiento del dictador y en muchas naciones se hicieron colectas populares para ayudarlo.

Por todo esto hay que ir en busca de causas más profundas. América toda corría ciega hacia el caos. Los Estados Unidos dormían en el mar de la tranquilidad, sin haber llegado todavía a la luna. En las naciones latinoamericanas los sectores elitarios apoyaban las dictaduras y se vivía una paz ficticia sobre el cráter de un volcán. Los sucesos de Hungría sonaron demasiado distantes para hacer de aldabonazo en la conciencia de los pueblos americanos. La inmolación de una nación latinoamericana era necesaria como un mal menor y si se quiere providencial.

Si se acepta que la miseria y la injusticia social y la inestabilidad política eran un grave peligro en muchos países y que la revolución ha resultado un fuerte aldabonazo para concientizarlos de la amenaza que rondaba al Continente, hay que concluir que ninguna nación como Cuba servía mejor a esos fines. Su misma posición geográfica era perfecta. Lo suficientemente cerca de la América del Norte, del Centro y del Sur para que el hecho no pasara desapercibido como el de Hungría, y con un mar circundante que la separaba de los demás países para que el brote pudiera aislarse. Este enfoque del problema es el único satisfactorio y el único que puede explicar por qué un país cuyo nivel de vida era de los más altos del Continente, haya sido el escenario de un proceso revolucionario tan violento.

EL CAMBIO EN CUBA

El actual régimen cubano le planteó al pueblo el derrocamiento del dictador. Pero para quien no fuera ciego, este régimen no perseguía tanto un cambio político como objetivo, sino como instrumento para realizar un cambio estructural total. Esto no podía ser criticado. Fueron muchos los que vieron una excelente oportunidad para lograr una serie de transformaciones básicas sin las cuales no era posible el desarrollo del país. Esto explica por qué tantos militantes católicos, por ejemplo, dieron su apoyo inicial al régimen

y explica también el primer delirante entusiasmo popular que toda América compartió.

Pero la falta de respeto a la dignidad humana, que inspiró muy pronto ese cambio, puso a muchos en situación de alerta. Quienes conocíamos al vocero de la revolución por haber compartido diez años de estudios con él, sabíamos que desde tercer año de carrera estaba leyendo literatura marxista y que sus colaboradores más inmediatos eran también marxistas. Por lo tanto, el cambio tenía grandes po-

sibilidades de tener un matiz totalitario. Cuando se dice que Estados Unidos lanzó a Cuba en brazos de Rusia por no atender a sus demandas, se dice una falacia. El error de Estados Unidos estuvo más bien en no haber sabido deducir que si el pensamiento del vocero de la revolución era marxista, difícilmente iba a adoptar otro a la hora de hacer transformaciones sustanciales. No tenía por qué hacerlo tampoco.

Pero aún hay más. Desde un punto de vista estratégico el nuevo régimen no só-

lo tenía una inspiración marxista y una deuda de gratitud con Rusia, con cuya ayuda había ciertamente contado, sino que debía alinearse políticamente junto a los países socialistas si quería resistir la presión de los Estados Unidos. Es decir que a lo doctrinario se unió lo estratégico. La América Latina fue siempre vista, y es vista aún, como algo dependiente de Estados Unidos, de la misma manera que el mundo ve hoy a Cuba como algo dependiente y que subsiste gracias a la Unión Soviética. A su vocero le faltó el coraje de lanzarse por el camino difícil —sin duda riesgoso, pero mucho más constructivo— de comandar una revolución latinoamericana autóctona que pudo haber llevado mucho más lejos, haberle prestado un servicio invaluable al progreso y al desarrollo de la América Latina y que habría convertido a Cuba en nación líder de la América Latina. Pero le tuvo miedo a la empresa. Le fue más fácil cobijarse a la sombra cómoda de la U.R.S.S. ¿Realismo político? Tal vez, pero cuando tomó esta decisión le cortó a la Revolución las alas de un auténtico nacionalismo, que era donde residía su verdadera fuerza constructiva.

Esta consideración tiene mucha importancia por lo siguiente: cuando el régimen se inspira en el marxismo y se coloca en la línea política de este tipo de revolución, pierde por completo sus objetivos

sociales y coloca en su lugar objetivos políticos. Además, y como consecuencia de lo anterior, la persona humana y sus valores fundamentales van a ser sacrificados en aras del Partido. La concepción humanista de la revolución y la promoción del hombre pasaron a un segundo o tercer plano. Ya la revolución no era para servir al hombre, sino que se serviría de él. Dentro del país se cayó en la negación propia de todo régimen marxista: pretender promover al hombre pisoteando sus derechos básicos, sin excluir el derecho a comer diariamente lo necesario, que pasó a ser, como antes, privilegio de los menos.

Fuera del país, el régimen adoptó como estrategia el insultar a los lacayos del imperialismo. El Presidente Betancourt fue uno de los más premiados por estos insultos. De la OEA es mejor no hablar, pues el vocero de la revolución hizo algo peor que insultarla: se rió de ella, de sus amenazas y acuerdos, como si estuviera convencido de que en esta lucha el triunfo es de los osados que actúan y no de los diplomáticos que hablan y que casi siempre están comprometidos con intereses creados.

La conclusión a que nos llevan las consideraciones hechas hasta ahora es que la revolución no buscó una mayor justicia social como fin, sino que se apoyó hábilmente en esta necesidad sentida para ha-

cer una revolución política y le dio paso a una estructura tan negadora de los derechos humanos como puede serlo la de un sistema capitalista clásico y, además, una revolución con propósitos expansionistas. Venezuela tiene pruebas de esto. Por otra parte, los medios utilizados contradicen también toda norma moral y los resultados obtenidos, aun en el orden económico, son muy deficientes.

Por eso, en América Latina quien proclame la posibilidad de un cambio del orden actual por vías no violentas se sitúa frente a un trágico dilema: o toma riesgos y produce ese cambio o le franquea las puertas al cambio violento de estructuras de esa revolución con todas sus consecuencias. Una posición intermedia sería falsa. Si se concluye que, a pesar de todo, los pueblos necesitan para avanzar de una sacudida así y que el balance final es positivo para la dignidad del hombre, lo honesto entonces no es detener este avance, sino propiciarlo. Lo que no puede hacerse, sin traicionar la propia conciencia y caer en una contradicción política, es criticar la filosofía política de un sistema, sus procedimientos contrarios a la dignidad humana y reconocer como positivos sus logros, pues estaríamos negando principios fundamentales para establecer en América instituciones permanentes al servicio del hombre y sus valores superiores.

EN BUSCA DE UNA POLÍTICA ADECUADA

Entendemos, sin embargo, que la política es el arte de hacer lo que se puede de acuerdo con las circunstancias. El fenómeno de Cuba se produjo "sin el permiso de nadie", como tenía que ser en uso de su soberanía. Eso fue correcto. No puede, en cambio, decirse lo mismo desde un punto de vista interno. Hoy ya nadie duda de que una minoría que contó con el apoyo encubierto pero firme de Rusia condujo al país a un cambio cuyo signo no tuvo nunca el consentimiento popular. Por eso se demoró tanto en confesar su marxismo-leninismo.

Todos los regímenes dictatoriales se proclaman intérpretes de la voluntad del pueblo, precisamente porque no le dan al pueblo la oportunidad de hacer esa proclama. Y si este argumento es válido en América Latina contra la dictadura de un solo hombre, no vemos por qué no pueda aplicarse con mayor razón para negarle legitimidad a la dictadura de todo un sistema. Otra cosa muy diferente sería que en un referéndum, debidamente garantizado, el pueblo le hubiera otorgado su apoyo al régimen que se le impuso. Pero éste ha tenido buen cuidado de no exponerse a una consulta popular. A pesar de todo, el régimen cubano se estableció y está ahí. Representa un hecho político dentro de la comunidad americana. América no podía ignorarlo. Y no lo ignoró.

El derrocamiento violento

Los primeros meses de euforia continental terminaron en la misma medida en que se descubrió su verdadera naturaleza. Y de inmediato la primera reacción fue terminar aquello por medios militares. Fueron muchos los que creyeron seriamente en esta posibilidad. Cubanos y no cubanos, con la vista en el pasado y con un desconocimiento absoluto del momento histórico y del nuevo balance de fuerzas que ya existía en el

mundo. El régimen, por su parte, utilizó una intensa propaganda para demostrar una fortaleza militar de la que en esos momentos ciertamente carecía. Apeló, además, al sentimiento anti-intervencionista tan profundamente arraigado en nuestros países. Con esto consiguió un triple objetivo: chantajeó a Estados Unidos, haciéndole ver que una acción militar le ganaría el repudio de toda América Latina, neutralizó la actitud de las naciones latinoamericanas y, lo que es más importante, desvió la atención sobre la intervención militar que se estaba operando en el hemisferio por una potencia ajena al mismo, como se demostró después con el descubrimiento de las bases para cohetes.

Con recursos psicológicos bien dirigidos, el régimen derribó la moral militar de la dictadura interna, y con esas mismas armas, magistralmente manejadas a través de una tan bien asesorada como intensa propaganda, le sujetó las manos al coloso militar que tenía cerca. Un arma muy importante que se manejó en esta propaganda fue la constante amenaza de una acción militar soviética en gran escala. Cuando el bloqueo quedó demostrado que no era más que eso: una amenaza. Fue así como el régimen logró sobrevivir a la acción militar. La invasión de Cochinos reflejó, en forma muy elocuente, las consecuencias de una actitud política indecisa frente a la política decidida y dispuesta a todo del régimen cubano. El Presidente Kennedy, autor de "Perfiles de coraje", aprendió bien esta lección. Asumió el riesgo del bloqueo y muy pronto comprobó cómo en la guerra fría, lo mismo que en la caliente, el triunfo pertenece a quienes toman riesgos y son fuertes de espíritu. Fuerza nueva ésta que junto con la justicia social y el derecho de todos los pueblos a una vida mejor constituyen factores que deben ser manejados, además de los exclusivamente políticos

y militares, a la hora de formular una política realista. La acción militar como medio de tratar el caso cubano quedó enterrada en la Bahía de Cochinos. Y quienes creyeron en ella sufrieron la peor de las decepciones. La política hoy no es tan simple.

La política del aislamiento

América inició entonces otro tratamiento para el caso cubano: la política de aislamiento. La verdad es que esta política no fue adoptada pensando en Cuba, sino en América. Los Estados Unidos querían presentar a la Isla como una gran vitrina continental, donde los restantes países de América Latina pudieran comprobar el fracaso de una revolución de este tipo. El relato de los crímenes, el fracaso económico y la fuga masiva de exilados fueron concebidos como una vacuna contra el virus castrista. Los países de América Latina fueron rompiendo sus relaciones con Cuba cuando los insultos de su vocero contra los presidentes americanos, o el desconocimiento de la inmunidad de los diplomáticos, o de la extraterritorialidad de sus embajadas, eran ignoradas por el régimen. Estúdiense cada uno de los rompimientos de relaciones diplomáticas y esto podrá ser confirmado. Los insultos de este locuaz vocero, por ejemplo, al más alto magistrado de Venezuela, Rómulo Betancourt, están grabados en muchas cintas magnetofónicas. En ese momento Betancourt no era el jefe de un partido político, sino el Presidente del país. En consecuencia, fueron insultos hechos a Venezuela y a los venezolanos.

La política de aislamiento no se propuso, en consecuencia, hacer caer al régimen, sino más bien dejar con las manos libres a los diversos países para responder a las agresiones verbales primero y a las infiltraciones militares después, de un régimen cuya defensa estaba precisamente en su agresividad.

Internamente necesitaba mantener la cohesión del pueblo contra un invasor latente que no invadía y externamente esa agresividad mostraba una política decidida que contrastaba con las vacilaciones de la OEA, una institución con una trayectoria de servicio político muy pobre y sin una línea política consistente. Nunca el régimen le temió más allá de la posibilidad de que los países miembros sancionaran cualquier acción que tomaran los Estados Unidos.

Por estas razones resulta paradójica la actitud del señor Williams, primer ministro de Trinidad y Tobago. Si esa política no se tomó para derribar al régimen, resulta contradictorio el que se afirme ahora que ha fracasado. Esta política se tomó en busca de objetivos latinoamericanos —aislar el virus— y no creemos que nadie que conozca cómo se mantiene un régimen de este tipo —con la excepción, tal vez, del primer ministro Williams— haya esperado jamás el derrocamiento del actual régimen cubano por esta vía. Lo que en realidad ha fracasado es el esfuerzo del aislamiento —han sido constantes las intervenciones en los demás países de América del régimen que más ha esgrimido como defensa la no intervención— y la vacunación ha tenido un efecto muy relativo porque el sistema socio-económico de América Latina apenas se ha transformado. Las élites de poder no parecen haberse concientizado, al menos en la medida en que esa concientización sea operante para revertir al ritmo necesario el subdesarrollo, que es quien propicia las condiciones favorables para los cambios violentos. Por otra parte, fue una descortesía la del primer ministro de Trinidad y Tobago el haber escogido para su planteamiento precisamente el escenario del país de América que más directamente ha sido agredido por el régimen de la Habana.

EN BUSCA DE UNA POLITICA AUTOCTONA HACIA CUBA

Nos parece justo distinguir entre el régimen cubano y el pueblo cubano, como lo hizo el Dr. Caldera. Y no nos referimos tanto a la falta de alimentos y al desconocimiento institucional de los derechos humanos. Nos referimos al hecho frustrante de una nación que creyó seriamente, por primera vez, en su liberación total y que se encontró sumida en la servidumbre política contra la que combatió durante tantos años de su historia. La frustración de la fe de todo un pueblo es un mal de consecuencias históricas difíciles de prever. La formación totalitaria de que está siendo objeto esa juventud, con la misma dedicación y fanatismo con que Occidente se preocupa de vender una marca de carro o de whisky, junto con la mística expansionista que se le inculca, no representa tanto un peligro ya para Cuba como para los países cercanos. Pero en todo caso sí nos parece oportuno y humano, más que revisar la actual política hacia Cuba, el formular una política autóctona latinoamericana pensando, más que en ese régimen, en ese pueblo. Una política que no debe trazarse ni bajo la presión de los Estados Unidos, que es la nación económica y militarmente más poderosa de la OEA, ni tampoco bajo la presión de Rusia a través de su ya más obediente satélite americano.

¿Es posible esta política?

Para lograrlo se requiere considerar dos puntos muy importantes. El primero es si las naciones latinoamericanas están en la capacidad de ejercer su soberanía en este problema a plenitud. Decimos esto porque tanto Washington como Mos-

cú tienen "presiones" que aplicar. La dependencia económica de Estados Unidos de muchos de nuestros países, como le sucedía a Cuba, sigue siendo hoy un hecho, y la política que está utilizando ahora la U.R.S.S. al ofrecerse como solícita compradora de nuestras materias primas para competir con los Estados Unidos es otro hecho. Ante esta realidad, ¿tienen nuestros países la posibilidad de actuar "como un bloque" para fijar y hacer prevalecer su propia línea de acción frente al caso cubano? Si la respuesta no fuera afirmativa, tal vez lo mejor sería dejar las cosas del tamaño que tienen ahora.

Una de las naciones latinoamericanas, por ejemplo, que más ha insistido en revisar la situación cubana es Chile. Esta nación se encuentra a las puertas de un nuevo proceso electoral y el candidato del frente de oposición, Salvador Allende, es un buen amigo de Fidel Castro. Es posible que apadrinar a Castro sea una actitud correcta para Chile y los chilenos, pero ¿es honesto pretender que esa sea la política del resto del hemisferio? ¿Y si cada nación pretende lo mismo? ¿No muestra esto un subdesarrollo de la solidaridad?

¿Es conveniente?

El segundo punto sería examinar detenidamente qué impacto puede tener en las grandes masas de América Latina la incorporación de esta nación al seno de la comunidad hemisférica con su actual régimen político, pues es así como parece estar planteado el regreso. No creemos que nadie sea tan ingenuo como para pensar que las instituciones democrá-

ticas se han arraigado definitivamente en este hemisferio. Los últimos acontecimientos políticos revelan más bien lo contrario. Las grandes masas de América Latina admiran todavía al hombre fuerte, respetan al caudillo. Y a veces no sólo las grandes masas... El vocero de la revolución cubana se ha presentado así a la faz de América. Como "el macho" capaz de gritarle insultos en sus propias narices a todos: hacia el Norte, a Estados Unidos y su presidente, y hacia el Sur, a Venezuela y el suyo. Partiendo de esta realidad, ¿cuál será la

reacción de esas grandes masas ante el regreso triunfal del caudillo del Caribe a la OEA? ¿Se estaría sirviendo al institucionalismo que es, en definitiva, la única garantía de estabilidad política, paz social y desarrollo en América Latina? Medítese detenidamente. Esto no significa que el regreso de Cuba a la OEA no deba explorarse. Al contrario, puede ser una política adecuada y positiva, siempre que América Latina adopte esta política libre de presiones de una y otra parte y que este regreso se condicione.

Las condiciones para una negociación digna

Hasta ahora tres parecen ser las motivaciones básicas para el regreso de Cuba. La primera, el deseo de algunos países de comerciar con la Isla. Si "lo económico" llega a pesar tanto en un régimen socialcristiano como el chileno, aparte de sus razones electorales, habrá que conceder la razón al marxismo en la importancia excesiva que da a "lo económico" como factor condicionante de la conducta humana. Hay otros países que también desean lo mismo que Chile, pero son más recatados y no lo manifiestan tan abiertamente.

La segunda, porque se piensa que así puede garantizarse mejor la "no intervención" del régimen en otros países. O sea, que franqueándoles la inmunidad diplomática ya no tendrán por qué introducirse los cubanos por las costas, ni utilizar tampoco pasaportes falsificados, lo que es cierto.

La tercera, porque la juventud fanatizada con la que cuenta Cuba y las armas de que hoy sí dispone, constituyen factores que propician una política expansionista. América no cuenta con una juventud idealizada con ese grado de mística capaz de contrarrestarla y no creemos tampoco que disponga de las armas suficientes. Luego la OEA vendría a ser una "válvula de escape" para la agresividad de su régimen y los demás países, se piensa, tendrían la oportunidad de diluir un poco la fuerza expansiva de esta juventud. En el fondo vuelve a ser ésta una actitud a la defensiva y de protección para el resto de América.

Sería interesante revisar estas motivaciones, pero sólo queremos destacar que en ninguna de ellas late la defensa del pueblo cubano. Esto no es criticable, ni mucho menos, si se tiene en cuenta que la solidaridad hemisférica aún no es algo real. Váyase al fondo y se verá cómo el aislamiento antes y la reincorporación ahora es una política ajena a la solidaridad con el pueblo cubano como entidad moral.

En nuestra opinión, las condiciones de una tal negociación deben respetar, en primer lugar, la dignidad de los países miembros de la OEA y de la Institución misma. Esta dignidad exige no sólo que ese reintegro se condicione, sino que el cumplimiento de las condiciones establecidas se controlen y su incumplimiento, en su caso, se sancione con eficacia. Si

esto no es posible, es mejor no hacer nada antes que volver a hacer el ridículo. Y debe tenerse presente que no es nada fácil negociar entre dos regímenes cuyas reglas de juego son tan diferentes, y en el caso de Cuba, concretamente, con un régimen al cual la agresión y el insulto como sistema no le ha resultado tan mal, pues ya hay quienes le han formulado una tácita invitación, por lo menos, a conversar. Por otra parte, la OEA tampoco puede exponer, sin cierta garantía de éxito, el poco crédito político que tiene.

En segundo lugar, si se desea de veras hacer algo por el pueblo cubano, juntamente con la exigencia de la "no intervención" en la política de otros países, debe exigírsele al régimen, para ser aceptado en la comunidad americana, la práctica de ese otro principio del cual precisamente la intervención es sólo su consecuencia y que forma parte del alma institucional latinoamericana: la autodeterminación de los pueblos y, en este caso concreto, del pueblo cubano. Por supuesto que el régimen de la Habana sabe que América no le pedirá tanto porque sabe que el regreso obedece a necesidades políticas y económicas de los pueblos americanos.

Esta posición, perfectamente comprensible, es, por otra parte, propia de un mundo donde también la solidaridad está en proceso de desarrollo. Pero no es honesto hablar del reintegro de Cuba a la comunidad americana con su pueblo maniatado y decir que esto se hace "para ayudarlo". Ese pueblo, más que comida, lo que ansía es poder regir su propio destino sin que su voluntad sea interferida por imperialismos de ningún signo, sin que su capacidad de decidir esté condicionada por los medios de comunicación de masas, algo por cierto que no es original de los regímenes comunistas, y por estructuras ajenas al hombre.

¿Es esto posible? Responderemos con otra pregunta: ¿Existe en América conciencia solidaria a nivel de pueblo? ¿Existen los medios para que esta solidaridad se manifieste y se haga sentir de una manera operante? No es nada fácil responder a esto. Hasta ahora, sin embargo, la solidaridad se ha realizado ciertamente a nivel personal con el estilo propio del individualismo liberal, o sea, con gestos humanitarios, como han sido los asilos políticos, el puente aéreo, las presiones

para evitar un fusilamiento, el rescate de unos prisioneros, etc., etc. ¿Quién puede dudar de que en todo esto hay un gran deseo humanitario que los cubanos hemos sabido agradecer integrándonos a los países que nos han recibido y tratando de serles útiles en su compleja problemática? Pero así como el paternalismo no promueve a los hombres, de la misma manera el humanitarismo no les presta a los pueblos sometidos la ayuda que ellos más necesitan. Hay que reconocer que los países americanos tenemos problemas internos muy serios y que la solidaridad, a este nivel, es todavía un ideal, una meta por alcanzar.

La revisión de la política sobre Cuba, que si nos parece conveniente, debe hacerse con el mayor cuidado y sin demasiadas aspiraciones. El régimen de la Habana cuenta, como se ha demostrado, con la solidaridad de las naciones que integran el bloque socialista. El pueblo cubano, que repudia todo tipo de totalitarismo, no cuenta con el mismo grado de solidaridad del mundo occidental, porque este mundo tiene demasiado que perder y mucho que conservar. Es un mundo que se llama cristiano, sin serlo realmente. Por eso estamos todos abocados a una crisis tan profunda como la cubana. Un mundo comprometido con intereses creados, donde la pugna comercial con Estados Unidos, por ejemplo, hace que Europa racionalice el comerciar libremente con el régimen de la Habana, con lo que, de paso, amplía sus mercados. Mientras la solidaridad del socialismo es más operante, la solidaridad de Occidente se deshace ante cualquier oferta de adquirir un producto comercial determinado. Y esta "debilidad" la conoce el régimen de la Habana. Es una lucha muy desigual que hace pensar si los países no deberán pasar, todos, por el crisol de una revolución violenta para poder elevarse un poco sobre los intereses materiales.

Ahora tal vez se entienda mejor por qué decíamos al principio de este artículo que no sabíamos si lo sucedido en Cuba es, desde el punto de vista continental, una desgracia o una suerte. Esto está por verse en los próximos años. Aquello puede resultar una tumba, y hasta ahora lo parece, pero también pudiera resucitar allí un hombre menos comprometido y, por lo tanto, más libre y más humano. Si así sucediera, ese hombre no será ciertamente, como en los demás países comunistas, producto de la revolución marxista, sino de la ETERNA VOCACION DE LIBERTAD QUE HAY EN EL HOMBRE.